

Paolo Zanotti

GAY

La identidad homosexual de Platón a Marlene Dietrich

I. Palabras

¿Qué es un homosexual?
Raymond Queneau,
Zazie en el metro (1959)

En la novela de Raymond Queneau *Zazie en el metro*, la pequeña Zazie, recién llegada de provincias al París de los años cincuenta, se queda durante un par de días con su tío Gabriel. Gabriel trabaja como bailarín travestido en un local para homosexuales, usa perfume, se hace la manicura y tiene un cutis espléndido; a esto se le añade que - como sabremos pronto- la madre de la niña la deja allí porque sabe que con él no correrá ningún peligro. En definitiva, nos dan demasiadas pistas. De hecho, todos los personajes del libro se preguntan continuamente si Gabriel es homosexual y, o lo dan por seguro, o bien se sienten en la obligación de negarlo. También Zazie, curiosa e irreverente como es, no deja de atormentar al tío con preguntas (la principal: *Qu'est-ce que c'est un hormosessuel?*, "¿Qué es un homosexual?"). Gabriel se niega a explicar a Zazie lo que es un homosexual y negará hasta el final que él lo sea. Excepto en las últimas páginas, cuando a Marceline, la mujer de Gabriel, quien hasta ese momento había sido descrita como el triunfo de la feminidad maternal y reservada, la llaman de pronto "Marcel".

Los homosexuales, no sólo Gabriel y no sólo a ojos de los niños, han vivido durante siglos en un mundo misterioso y reticente, un mundo un poco teatral hecho de travestismos, matrimonios de tapadera y puntos de encuentro nocturnos poco recomendables. Un mundo de palabras misteriosas, conocidas sólo por la comunidad homosexual, con un doble significado (uno para los iniciados, otro para la sociedad normal); un mundo de palabras -algunas brutales, otras eufemísticas- usadas por los "normales" para referirse a los "diferentes". También estas últimas -las únicas que podían llegar a oídos de una niña como Zazie- tienen su misterio: por una parte encontramos palabras ofensivas ("maricón", "marica", "bujarrón"), que

parecen existir desde siempre pero cuyo origen no está nada claro; por otra, los términos cultos que se han sacado de la manga los médicos ("homosexual"), los curas ("sodomita") o los maestros de escuela ("pederasta"), términos complicados y frecuentemente trabucados, como en el caso de Zazie.

Medio siglo después de la infancia de Zazie, parece que el mundo -al menos oficialmente- ha cambiado mucho. No porque los heterosexuales hayan dejado atrás su habitual hostilidad mezclada con una curiosidad morbosa, sino porque los homosexuales ya no son tan misteriosos. Aparte de que, comparándolos con Gabriel, normalmente tienen menos problemas para admitir que lo son, ahora incluso se les puede ver en publicidad. El hecho de que los publicistas hayan comenzado a mostrar interés por ellos no se debe a una mera cuestión de formas, sino a que indudablemente el mundo de los homosexuales tiene su atractivo: puede que sea (así se considera) un lugar promiscuo y con posibilidades de trabajo más bien limitadas para quien no esté interesado en el ballet clásico o en el diseño de interiores, pero en compensación parece estar poblado de seres en cierto modo superiores. Seres envidiables por su cuerpo perfecto, por su eterna juventud, por su impecable buen gusto combinado con una capacidad casi diabólica para convertir en oro los productos aparentemente más indignos de la cultura de masas. Actualmente, tampoco hay lugar para equívocos, para los matrimonios de tapadera ni para las identidades inciertas como la de Gabriel y su mujer. La idea oficial es que el mundo sexual comprende dos reinos absolutamente diferenciados y netamente reconocibles: heterosexual y homosexual. La oposición homo-hetero se ha hecho tan sólida, nítida y fundamental como la de hombre-mujer. Hoy, lo único que queda por despejar es el campo de la especie intermedia de los bisexuales, aunque en el fondo nadie cree en ella: suponiendo que esos extraños unicornios existan, solo prosperan en el dudoso territorio que va del autoengaño ("yo no soy gay, soy bi") a la tertulia intelectual donde hacerse los interesantes ("¿acaso os parezco una persona tan limitada como para ser sólo hetero?"). La bisexualidad, por mucho que se proclame, no entra dentro de la baraja de las verdades utilizables sobre uno mismo: se puede ser gay, hetero o mentiroso (incluyendo entre estos últimos a los maniacos de protagonismo).

Claro está que hoy las viejas palabras siguen existiendo, pero sufren la competencia de otra palabra, utilizada tanto por los directamente implicados como por los heterosexuales. Una palabra que -se habrán dado cuenta- yo uso como título de este libro para referirme a los homosexuales de hoy: gay. Gay es la palabra que el movimiento de liberación homosexual estadounidense eligió para autodefinirse en el año de su nacimiento: 1969. Adoptada después por los movimientos de otros países, comenzó a difundirse gradualmente por todo el mundo. A pesar de su apariencia un poco anodina, típica del inglés internacional, gay era una palabra con connotaciones políticas en el momento de su difusión. Pero, ¿de dónde provenía? Las raíces de su uso con

anterioridad a 1969 ahondaban, en realidad, en ese mismo mundo de sobreentendidos y de lenguajes cifrados que ya hemos recordado. La etimología de *gay* es la misma del italiano "*gaio*," es decir, del provenzal "*gai*": "alegre", "que da alegría". Tras haber asumido en el inglés del siglo XVIII el significado peyorativo de "disoluto", "anticonformista", un siglo más tarde, ese mismo sentido peyorativo se irá decantando progresivamente por señalar el desorden de la conducta sexual. Si un *gay man* era un lujurioso, un depravado, una *gay woman* era lo que se entiende por una "mujer de vida alegre": una mujer de costumbres relajadas; en definitiva, una prostituta. Su relación con la homosexualidad nació en Estados Unidos en torno a la década de 1920, cuando tanto los heterosexuales como la jerga de las subculturas homosexuales empezaron a emplear de manera habitual el término *gay* con el sentido de "homosexual". Es posible que en ese cambio de significado, la expresión *gay woman* que acabamos de citar tuviera un papel importante. Como veremos, la equiparación de los homosexuales con las prostitutas es una constante del imaginario de los últimos dos o tres siglos. Puede ser interesante echar un vistazo al contrario de *gay*; es decir, *straight* (literalmente: "recto"). En sus significados metafóricos, "directo", "escueto", "franco", "honesto", "erecto", "directo al blanco", *straight* era una palabra adecuada para resumir todas las características esenciales de la virilidad ideal. El significado de "heterosexual" es más tardío (se remonta a los años cuarenta) y tiene, como en el caso de *gay-homosexual*, orígenes de jerga estadounidense. En el fondo, el nacimiento de este nuevo significado era previsible: el macho ideal debe ser socialmente respetable, observante de las leyes y heterosexual.

Gay es, por lo tanto, un típico ejemplo de expresión despectiva o de jerga recuperada en virtud de una afirmación de identidad. Otro ejemplo puede ser *queer* (literalmente, "extraño", aunque con el tiempo haya adoptado el significado de "homosexual"; desde finales de los años ochenta, *queer* se ha recuperado para designar *todas* las diversidades sexuales). Si bien la difusión internacional de *gay* estuvo unida al significado de "homosexual militante" (contrapuesto por tanto al de homosexuales carentes de una conciencia política y/o de identidad), actualmente *gay* se refiere al homosexual sin más. A pesar de que *gay* en sus orígenes se usara en sentido despreciativo, no se puede negar que se ha convertido en una palabra cosmética, menos insultante que las definiciones populares, menos científica e insidiosamente polisílaba que *homosexual*. En resumidas cuentas, es una palabra fácil de usar, también porque -al contrario de *homosexual*, *pederasta* y la mayor parte de las definiciones populares- no alude directamente al acto. A la hora de utilizarla, esta característica de la palabra *gay* puede provocar curiosas paradojas. A raíz de un caso que se hizo famoso, el de seis pingüinos del zoo alemán de Bremerhaven (que formaron parejas homosexuales entre ellos, ignorando a las hembras, a pesar de que

* En español, "gayo". [N. de la T]

estas estaban presentes), en los últimos años se han multiplicado las noticias de casos de homosexualidad entre pingüinos (el encallecido voyeurismo que tiempo atrás se desahogaba en la era o en el bosque, actualmente pasa por los *mass media*, lo que implica que también los sujetos bajo observación sean más exóticos). Recuerdo haber leído un artículo que, tras un atrevido título ("Pingüinos gay en el zoo de Tokio"), narraba con verosimilitud la historia de una pareja de "pingüinos gay" y al final, al llegar a la última curva, echaba el freno: los pingüinos japoneses eran gays porque "imitaban el acto sexual". El ingrediente esencial de dicho artículo era una buena dosis de *remilgos*. Y seguramente deba añadirse el viejo prejuicio según el cual existiría un único y "verdadero" acto sexual: el que se realiza entre un macho y una hembra o, mejor aún, el que además de realizarse entre un macho y una hembra puede llevar a la procreación. Todo lo demás solo puede describirse como una falsificación, una parodia, una grotesca puesta en escena.

Quizá haya que hacer una última observación: el uso del término gay también facilita el ocultamiento del acto. Aun habiendo abandonado el significado político inicial, gay es una palabra mucho más identificatoria que *homosexual*. Cuando se dice gay, no sólo se piensa en un hombre que realiza actos sexuales con individuos de su mismo sexo, sino también en una manera de pensar y de comportarse, en un estilo de vida. Por mucho que, obviamente, el ocultamiento del acto sexual le venga bien al periodista, es típico de nuestro modo de pensar habitual anteponer la identidad a los actos. De hecho, la identidad se considera algo más profundo que la casualidad de un acto sexual (siempre que el acto sexual exista): proviene de los genes, o del cerebro, no de los actos. El acto sexual podría describirse, en última instancia, como el encuentro entre dos entidades compatibles.

La afirmación de una diferencia esencial, de la existencia de identidades con fronteras diferenciadas, es sin lugar a dudas un paso hacia delante desde el punto de vista de los derechos de los homosexuales, pero también se traduce en esa especie de paz reticente que acabamos de describir. Basándose en el tratado de paz, la homosexualidad siempre ha existido en los mismos términos de "especie aparte", la única diferencia es que antes estaba más reprimida. De ahí que se pierdan los recuerdos de un mundo más lejano y más confuso en el que los homosexuales no eran una especie distinta, sino hombres como los demás que por alguna razón (necesidad, inmoralidad, lujuria, herejía, locura) se entregaban a prácticas sexuales más o menos reprochables y más o menos ilegales. Pero también se borran los recuerdos de un mundo mucho más cercano -hace tan sólo un par de décadas- en el que la homosexualidad, como cultura y como práctica, había constituido la punta de lanza de un desafío general a la familia y al orden burgués.

Hoy, en cambio, aunque la familia tradicional este cada vez más debilitada, parece que ha vuelto a recuperar en el imaginario colectivo todo su encanto como meta deseable de serenidad; una meta avalada

por las fotografías de nuestros padres y de nuestros abuelos. Actualmente, el principal conflicto al que nos enfrentamos es si hacer o no extensible a los homosexuales el uso de un álbum fotográfico paralelo y más o menos parecido. Las cosas no siempre han sido así - ni de una parte ni de la otra-, pero no es fácil creer en la autenticidad histórica de nuestras instituciones sociales y menos aún de nuestros deseos: el tiempo de las fotografías envejecidas tiende inexorablemente a esfumarse en el discurrir de la historia.

))(

II

TRES CIUDADES: ATENAS, SODOMA, FLORENCIA

Para un hombre, ser penetrado por otro hombre más rico y más anciano está bien, visto que es costumbre "recibir" de tales hombres. Ser penetrado por un hombre más joven y más pobre está mal, visto que es usanza "dar" a ese tipo de persona.
Artemidoro, *Oneirocritica* (siglo II)

Homosexualidad es una de esas palabras (suelen ser las poco elegantes) cuya fecha exacta de nacimiento se conoce: 1869. Pero más importante aun que este nacimiento reciente es el hecho de que la idea según la cual realizar actos sexuales con personas del mismo sexo no es algo que puede ocurrirnos a todos, sino que es propiedad exclusiva de una clase específica de individuos, no se impuso hasta la segunda mitad del siglo XIX. Varias etiquetas compitieron para adjudicarse esta nueva clase: homosexualidad, inversión, uranismo, amor homogénico. Al final acabo prevaleciendo el término *homosexualidad* a pesar de que partió con cierto retraso de los puestos de salida. Hay que añadir que en la segunda mitad del siglo XIX se exigía etiquetarlo todo: es en esta época cuando el borracho se convierte en alcohólico; cuando para ser criminales no bastan la voluntad o la necesidad sino que hay que nacer bajo una tétrica conjunción astral; la mujer (como tal) es más o menos siempre una histérica, y quien encuentra placer enseñando el propio cuerpo -una novedad introducida por Jean Jacques Rousseau- se convierte en un exhibicionista. En esta ansia por la clasificación, el hecho de que el homosexual sea quien tiene, o quien querría tener, relaciones sexuales con personas de su mismo sexo aun no implica que estas últimas sean a su vez homosexuales; para dar ese paso tendremos que esperar un siglo más.

Esto en lo que respecta a las ideas. ¿Y las cosas? ¿Se podía, y qué significaba ser homosexual antes del nacimiento del concepto de homosexualidad? Aquí entran en juego dos perspectivas antitéticas

(con unos nombres tan horribles como *homosexualidad* y *heterosexualidad: esencialismo* y *construccionismo*) o, lo que es lo mismo, la eterna guerra entre naturaleza y cultura, biología y sociedad, por gobernar nuestros destinos. Según el esencialismo, la sexualidad es un fenómeno individual, una característica objetiva de las personas y, como tal, la experiencia homosexual suele ser la misma en cualquier época o cultura. Según el construccionismo, las identidades sexuales se aprenden y se plasman en la interacción del individuo con los demás; es imposible, por lo tanto, hablar de homosexualidad en el caso de sociedades que no conciben la sexualidad como la concebimos nosotros.

Como suele ocurrir, aunque radicalizadas y contrapuestas, las dos perspectivas tienden a perder su utilidad y a convertirse en la clásica discusión sobre el sexo de los ángeles; o mejor dicho: el esencialismo querría establecer de manera unívoca el sexo de los ángeles y deducir de este la cadencia y predilecciones literarias de los mismos; el construccionismo respondería que su sexo y su plumaje son consecuencia del cielo en el que viven y de las relaciones que mantienen con sus congéneres. No se trata de pretender que corra la sangre en nombre de una teoría o a expensas de la otra. Por un lado, es evidente que incluso en las sociedades del pasado, donde las posibilidades de realizar actos sexuales con personas de ambos sexos era la norma, no se excluía la posibilidad de una orientación más estable hacia uno u otro sexo; simplemente, no se consideraba algo especialmente relevante. Por otro lado, al menos desde la desaparición del periodo de celo en nuestros antepasados homínidos, nuestra sexualidad está expuesta a condicionamientos culturales. Muchos de nosotros estaríamos dispuestos a admitir que en la elección de nuestro objeto amoroso (para aclararnos, de nuestro tipo) influyen en gran medida los cánones de nuestra sociedad o del grupo al que pertenecemos, sin tener en cuenta nuestras neurosis. Probablemente serían menos numerosos los que estuvieran dispuestos a hacer extensible esta consideración a la orientación sexual; aun así, las dos perspectivas (esencialismo y construccionismo) tienen indudables semejanzas.

La cuestión de cómo el pasado conceptuaba la sexualidad es al menos tan interesante como la investigación sobre los homosexuales del pasado. Sólo a partir de ahí se pueden comprender las razones de la recurrente (aunque con distintas justificaciones y consecuencias) hostilidad hacia las prácticas homoeróticas: no se intenta eliminar algo porque es impuro, sino que algo llega a ser impuro porque se ha decidido eliminarlo, y el porqué de esta decisión tiene su importancia. El hecho de que muchas sociedades del pasado no solo admitieran - con restricciones concretas- sino que consideraran completamente normales las relaciones entre hombres es tan relevante desde el punto de vista de la heterosexualidad como desde el de la homosexualidad. En lo que respecta a la inexistencia de la categoría de homosexualidad en el pasado, vista desde la perspectiva del heterosexual de hoy, lo

más perturbador es sin duda la otra cara de la moneda: si los pederastas griegos son solo los impropios antepasados de los gays, los antepasados de los heterosexuales pasarían a convertirse en las ovejas negras de la respetable familia.

Los sistemas de clasificación responden simplemente a una cuestión de prioridades: para nosotros la ballena es un mamífero y no un pez porque hemos decidido que tener la sangre caliente y parir cachorros vivos son cosas más importantes que vivir en el agua. Del mismo modo, la oposición homo-hetero no es el único sistema de clasificación posible. ¿Qué otras opciones hay? Intentemos dar un salto atrás en el tiempo. Atenas, siglo IV a.C, perfume de mirto en el aire y una sensación de sorpresa al ver que los mármoles en esa época aún no son blancos. Acompañado por unos acordes de cítaras de fondo, Platón (*El banquete, o del amor*) puede estar escribiendo que los hombres que poseen "un alma esforzada y valor y carácter viriles" buscan a sus semejantes, es decir, a otros de valor y carácter viriles. Lo que permite a Platón, y a los griegos en general, considerar el amor hacia los muchachos jóvenes perfectamente compatible con una identidad viril es el hecho de que para ellos el sexo se situaba dentro de una oposición diferente a la de hoy: aquella que se da entre sujeto activo y sujeto pasivo, donde el activo es el hombre, el pasivo quien no es hombre (la mujer) o quien todavía no lo es (el joven). Para los varones, la pasividad era un momento de transición, una especie de iniciación. Como consecuencia, los únicos actos homosexuales que se censuraban eran aquellos en los que el papel pasivo lo desempeñaba un adulto.

Puede ser instructivo ver cómo el tratado de interpretación de los sueños más importante de la Antigüedad, escrito unos cuantos siglos después de *El banquete* pero con las mismas ideas sobre el asunto, interpreta los sueños sexuales. Según la *Oneirocrítica* de Artemidoro de Daldis (de manera diametralmente opuesta a Freud y a nuestra habitual forma de pensar), los sueños eróticos deben interpretarse a la luz de la vida pública, económica y política del individuo: tener una relación con la propia madre, por ejemplo, promete éxito en la carrera de magistrado, ya que la madre simboliza la ciudad. Del mismo modo, lo importante de las parejas con las que se sueña es el estatus social, no el sexo. Es importante saber si la pareja es pobre o rica, esclava o libre, no si es hombre o mujer. Y, obviamente, si un hombre de una cierta posición sueña que tiene el papel pasivo, esto no se relaciona con ninguna revelación escabrosa sobre su identidad sexual, más bien sugerirá la llegada de una nube negra en su carrera pública.

Si bien la oposición homo-hetero se relaciona con la identidad sexual, la de activo-pasivo hace alusión a la identidad social (única forma de identidad prevista) o, más concretamente, a la posición que se ocupa dentro de la jerarquía. No hace falta, pues, hacerse demasiadas ilusiones sobre la tolerancia sexual de los griegos. Freud, en el primero de los *Tres ensayos sobre una teoría sexual* (1905), escribió que

mientras que nosotros excusamos la pulsión sexual en nombre de la excelencia del objeto al que va dirigida, los griegos ponían especial énfasis en el carácter indiferenciado de dicha pulsión. Algo que no es del todo cierto. También los griegos se sintieron obligados a justificar al menos un lado de la pulsión (el homosexual), en nombre de un objeto excelente. Si escribieron libros de filosofía sobre el amor hacia los jóvenes, esto significa que les causaba problemas no porque se tratara de un amor homosexual, sino porque el muchacho pasivo llegaría a ser un hombre y su transitoria pasividad no dejaba de ser una cuestión escabrosa (más tarde, los romanos encontraron la solución ideal especializando a los esclavos en el papel de pasivos). Lo que contaba era la jerarquía (para que la sexualidad se convierta en la expresión de la autenticidad del individuo habrá que esperar la llegada del individualismo burgués). En cambio, dentro de una estructura jerárquica, la sexualidad es, en primer lugar, un sistema de relaciones entre varones y, secundariamente, un instrumento de placer para el varón bien situado en la jerarquía. Del mismo modo que el matrimonio es un sistema para establecer alianzas entre hombres a través del intercambio de una mujer, la pederastia es -o debería ser- un sistema para establecer una futura alianza entre un hombre y un muchacho que pronto llegará a ser hombre. Los dos sistemas no solo reflejan un orden jerárquico: lo construyen. La jerarquía también regula el placer sexual: la idea es que solo sienta placer el *partenaire* activo (estaría mal visto que lo sintiera el joven, como mucho se le permite sentir "admiración"; en cuanto a las mujeres, que lo sientan o no es totalmente irrelevante). De ahí que el héroe de este ordenamiento sexual sea el varón adulto activo, para quien la mujer hace las veces de madre y de amante, y los otros varones de amigos y/o amantes. No es cierto que los antiguos no dispusieran de instrumentos conceptuales para comprender la homosexualidad estable. Si hubieran querido, podrían haber recurrido a la influencia de los astros, una teoría no más artificiosa, en el fondo, que las decenas de explicaciones de la homosexualidad que se elaboraron después. La cuestión es que, en el mundo sexual apenas descrito, la homosexualidad no podía encontrar su sitio. En un mundo donde el matrimonio era un deber social y no un acto de amor, no existían matrimonios de tapadera. La homosexualidad activa era la norma, la pasiva (de los adultos) no era una patología, sino un grave inconveniente, un fracaso social.

Otro salto. Sodoma, ciudad de las llanuras, unos cuantos siglos antes. Nubes de azufre se dan cita en el cielo, la malintencionada ciudad se frota las manos frente a los angelicales huéspedes de Lot, y aun no sabe que pasará a la historia porque: a) en breve será enterrada por una lluvia de fuego; b) con el paso del tiempo se convertirá en la patria perdida de los homosexuales. Seguramente, los judíos tenían una visión más negativa del sexo entre hombres que los griegos, ya que

para ellos la oposición fundamental se daba entre sexo procreador y no procreador. A esto se suma el hecho de que las religiones monoteístas siempre han dado muestras de una menor flexibilidad que las politeístas, quienes además, en lo específicamente sexual, podían recurrir al ejemplo de la rampante e indiferenciada sexualidad de sus dioses (el solitario Zeus se casa con Hera; acosa solapadamente a varias muchachas mortales, pero no se lo piensa dos veces antes de lanzarse al cuello de Ganímedes). Sin embargo, es difícil saber si el Antiguo Testamento tenía algo personal contra los homosexuales, a diferencia, por ejemplo, de san Pablo. Es verdad que el Levítico (20:13) pide la muerte para los hombres que tienen relaciones con otros hombres, pero, por otro lado, es casi banal recordar que muchas de las sentencias capitales del Levítico son absolutamente inaplicables en su versión íntegra. La responsabilidad de que sobreviviera, entre otras, la prohibición contra la homosexualidad recae en su recepción más que en el texto original. Incluso la lectura de la historia de la patria de los homosexuales es todo lo contrario a unívoca. El propio Jesús (Marcos, 10:14-15) interpreta la culpa de los habitantes de Sodoma como una violación de las leyes de la hospitalidad, no como un intento de violación homosexual de grupo. A pesar de esta acreditada opinión, en la Edad Media el término "sodomía" llegó a ser la principal categoría donde incluir los actos homosexuales, y podemos afirmar que aun hoy sigue vigente.

La especialización de la sodomía con este significado fue gradual. Se trataba originariamente de una categoría bastante amplia que comprendía una larga serie de actos contra natura, una lista variable que iba desde el sexo no procreador en sus más diversas modalidades y combinaciones (entre personas del mismo sexo pero también entre un hombre y una mujer, además de entre hombres y animales) hasta la blasfemia y la práctica del sexo con judíos y turcos sarracenos. El porqué de este último elemento de la lista, aparentemente no demasiado comprensible, lo encontramos en la asociación entre sodomía y herejía, nacida al mismo tiempo que las cruzadas contra los albigenses (a principios del siglo XIII). Obviamente, la visión dualística de la herejía cátara, que consideraba al hombre creación del demonio, no alentaba la procreación. Como se pensaba que la herejía de los cátaros derivaba de una secta búlgara, a partir de "búlgaro" el francés creó *bougre* (sodomita), y el inglés un verbo que todavía se usa para nombrar la penetración anal: *to bugger*.

A pesar de su indefinición inicial, la sodomía se fue especializando en definir el comercio carnal entre hombres. Como demuestra el hecho de que las cortesanas del siglo XVI llevaran calzones debajo de la falda para atraer a los hombres, el coito anal no era considerado una práctica indiferenciada sino algo que se hacía principalmente entre hombres.

No se puede decir que el sexo anal con mujeres fuera inusual y tampoco que fuera aprobado: Nicolás Maquiavelo, por citar un nombre célebre, fue acusado de practicarlo ("*Machiavelli fotte in culo alla*

Riccia" ["Maquiavelo da por culo a Riccia"]) con la intención de desacreditarlo políticamente. Sin embargo, el sodomita, en el sentido literal, tenía claras sus preferencias. Ser un sodomita no significaba pertenecer a un tipo humano en particular, sino simplemente mancharse con el pecado de la sodomía. Se suponía que cualquiera podía caer en la tentación, especialmente por exceso de lujuria: si no bastaba con las mujeres, se pasaba a los hombres.

En realidad, al menos en el sur de Europa, la visión conceptual más popular del sexo entre hombres seguía siendo exactamente la misma que en tiempos de los griegos. El caso más conocido es el de la Florencia de la segunda mitad del siglo XV (Brunelleschi acaba de dejar su huella en el horizonte de la ciudad con la cúpula de Santa Maria del Fiore; el poder de la ciudad estaba en manos de Lorenzo el Magnífico, después pasara a Savonarola). Florencia era famosísima en toda Europa por el vicio de la sodomía, hasta tal punto que en alemán *florizen* significaba "sodomizar", y en Génova se aconsejaba que no se empleara a maestros de escuela toscanos; si bien pedagogía y homosexualidad habían ido de la mano en el tiempo de los griegos, de ahora en adelante la presencia de maestros homosexuales en el aula se convertirá en una de las angustias sociales más extendidas.

Puesto que acusar a los otros pueblos de homosexualidad siempre ha sido una práctica tan extendida como lamentar su dramático aumento en la propia casa, es difícil saber si Florencia era realmente un caso relevante o simplemente -tanto para el hombre del siglo XV como para el estudioso de hoy- el más documentado. En el año 1432 se había establecido en Florencia la nueva magistratura de los Oficiales de la Noche, idea completamente inédita en Europa, con un único cometido: investigar el vicio sodomita. Es sabido que poner a unos detectives tras la pista de una categoría desviada es la mejor manera de sacarla a la luz, exagerar sus proporciones y, a través de los archivos, transmitir su existencia a las generaciones futuras. Se ha de añadir el hecho de que en este caso las proporciones del fenómeno eran verdaderamente sorprendentes. Se calcula que a la edad de treinta años la mitad de los hombres de Florencia habían sido denunciados al menos una vez por sodomía y que, entre los hombres de cuarenta, la cifra aumentaba a dos de tres. Si incluimos a los que lograron pasar inadvertidos, podríamos pensar que el asunto implicaba a toda la población masculina. Las relaciones seguían al pie de la letra el sistema pederasta, previendo la participación de un hombre activo y de un adolescente pasivo. La diferencia media de edad era de once años. Un dato interesante es que una gran diferencia de edad (trece años) era la norma para los matrimonios, lo que refuerza la impresión de que lo que importaba no era el sexo del *partenaire* "pasivo", sino su posición de inferioridad (social y de edad).

Esta última observación sobre la diferencia de edad también sirve para aclarar una cuestión que de otro modo podría resultar oscura: ¿por qué los homosexuales han esperado tantos siglos para apreciar la

belleza de los hombres maduros? Aparte del hecho de que las relaciones pederastas fueran, oficialmente o no, las únicas toleradas, no hay que olvidar que en Florencia, como en el resto de Europa, también los hombres heterosexuales se casaron durante siglos con mujeres extremadamente más jóvenes que ellos: la belleza de las treintañeras no empezó a tenerse en consideración hasta el siglo XIX.

La Florencia del siglo XV recuerda a la Grecia antigua por otro aspecto independiente de las estadísticas judiciales. Volvamos a los archivos de los Oficiales de la Noche. Vista la amplitud del fenómeno, no sorprende encontrar en ellos nombres y personajes célebres; entre los que puede suscitar curiosidad el del poeta y humanista Angelo Poliziano. Los primeros humanistas italianos, encabezados por el filósofo Marsilio Ficino -fundador de la Academia Platónica en Florencia-, estaban recuperando la filosofía de Platón y, en particular, su versión espiritualizada del amor entre hombres: la idea de que a través del amor (no carnal) por la belleza física de un hombre joven se pueda llegar a la contemplación de la belleza ideal. Independientemente de lo que en ese momento estaba sucediendo en las calles de la ciudad, es probable que esta redefinición florentina de la filosofía platónica tuviese fundamento: en primer lugar, hay que recordar la llegada a Italia de eruditos bizantinos tras la caída de Bizancio (1453), premisa esencial para el redescubrimiento de la lengua griega y de una serie de obras que habían permanecido durante mucho tiempo ignotas. Sin embargo, detrás de la Florencia del siglo XV, como de la Atenas del siglo IV a.C, se puede entrever el mismo perfil abstracto de una ciudad-Estado organizada sobre una base patriarcal y pederasta: el ambiente ideal para que surjan inquietudes y respuestas filosóficas como las de Platón y Ficino.

El amor entre hombres es un amor que causa problemas, pero también (dado que el hombre es superior a la mujer) es más elevado: sobre este supuesto todos podrían estar de acuerdo, sodomitas y no sodomitas. La historia mitológica de Ganímedes se erigió en emblema de la doble naturaleza de este amor. Según el mito, Ganímedes, joven pastor (o cazador) frigio, hijo de un legendario rey de Troya, fue raptado o, digámoslo así, recibido en el cielo por Zeus, quien se transformó para la ocasión en águila o quizá (según otra versión del mito) se sirvió de un águila para atraparlo. Gracias a la autoridad del mito y a la posibilidad de una doble lectura [expresión de un deseo ardiente y carnal por un hombre joven o bien fácil alegoría de la subida del alma al cielo], la historia del águila y de Ganímedes (véase la figura 1 de las ilustraciones en las páginas centrales) se ganó un lugar de honor entre las referencias artísticas al deseo homoerótico.

No nos sorprende, por lo tanto, encontrar a Ganímedes en los versos de Poliziano, el poeta que acabamos de dejar junto a los Oficiales de la Noche. Pero aun más sorprendente es el contexto. Una de las razones de la fama de Poliziano es haber escrito, poco después de 1478, el primer texto teatral profano de la literatura italiana, la

Fabula di Orfeo. Orfeo, el poeta viudo de Eurídice, es sin lugar a dudas uno de los grandes íconos del amor heterosexual fiel, aunque sea un poco impulsivo: después de perder por segunda y última vez a su amada, Orfeo decide no volver a amar a ninguna otra mujer, y por este comportamiento asocial será expulsado por las bacantes. Poliziano sigue dócilmente esta historia, aunque en su obra el voto de fidelidad a la muerta tiene una explicación un tanto inesperada: como el amor hacia las mujeres lleva consigo tanto dolor, Orfeo nos exhorta a que nos decantemos por los jóvenes:

De ahora en adelante voy con flores noveles,
la primavera del sexo mejor,
cuando todos son gallardos y ágiles:
es este más dulce y más suave amor.*

Por lo demás, los precedentes son ilustres:

Haz de este Júpiter tu fe entera,
que del dulce nudo amoroso rodeado
goza en el cielo de su hermoso Ganímedes;
y Febo en la tierra goza de Jacinto;
a este santo amor Hércules cede
que venció al mundo y por el hermoso Ila fue vencido:
animó a los casados al divorcio,
y que cada uno huya del femenino consorcio.**

* Estos versos se corresponden con los versos 269-272 de la obra de Angelo Poliziano. [N de la T]

** Versos 285-292 de la obra de Angelo Poliziano. [N de la T]